

## Malestar en la Cultura

Fabio Eslava Cerón<sup>14</sup>

El título de esta mesa parte del esfuerzo freudiano por la comprensión de la naturaleza humana, no solamente desde la perspectiva individual sino desde la del hombre como especie y desde la de la cultura como su entorno. En varios escritos, como el “Malestar en la cultura” (1930), que dicho sea de paso Freud consideró “nimio”, nos ofrece un amplio camino de analogías entre la mente individual y la psicología colectiva.

El tema pasa por distintas disciplinas. La nuestra, que investiga desde cada persona, encuentra resonancia en lo colectivo, y nos sitúa ante la pregunta de cuál será el papel de los psicoanalistas frente al estudio de los grupos humanos?

La insatisfacción del ser humano, y los recursos que aplica para lidiar con ella, han sido una constante a lo largo de la historia, como lo ha recogido D.H. Lawrence (1928) en “El amante de Lady Chatterley”; nos dice algo que seguramente se podría aplicar a distintas épocas, no solamente al siglo XX: “La nuestra es esencialmente una época trágica. Así que nos negamos a tomarla por lo trágico. El cataclismo se ha producido, estamos entre las ruinas, comenzamos a construir hábitats diminutos, a tener nuevas esperanzas insignificantes. Un trabajo no poco agobiante: no hay un camino suave hacia el futuro, pero le buscamos las vueltas o nos abrimos paso entre los obstáculos. Hay que seguir viviendo a pesar de todos los firmamentos que se hayan desplomado”.

---

<sup>14</sup> Miembro Titular Asociación Psicoanalítica Colombiana.

El énfasis freudiano principal al referirse al malestar del ser humano, parte de que las normas sociales prohíben la expresión de los impulsos eróticos y agresivos, con lo que se confirma su importancia. Desde el Código Hammurabi, el decálogo mosaico, o la Carta Magna inglesa de 1215, hasta las constituciones actuales, se pretende a través de las legislaciones, someter los impulsos primitivos de los individuos a las necesidades del colectivo para hacer la convivencia posible en un pacto social. Freud nos llama la atención sobre el papel central de la culpa y de la angustia consiguiente en la cultura. Mientras tanto, la civilización, o por lo menos la occidental, ha pretendido responder a las necesidades del ser humano, y al tiempo frustra el acceso general a los recursos escasos, al reconocimiento, al prestigio y a la expresión emocional libre.

Freud nos advierte que: “Uno no puede apartar de sí la impresión de que los seres humanos suelen aplicar falsos raseros; poder, éxito y riquezas es lo que pretenden para sí y lo que admiran en otros, menospreciando los verdaderos valores de la vida” (Freud, op. cit, p. 65). Esta consideración, la de los valores auténticos, lo conduce de la mano de su amigo Romain Rolland, a la idea de un “sentimiento oceánico”, que propone como origen emocional de las religiones. Freud nos advierte que no va a tomar en el escrito la vía de las Madres. Ve el sentimiento oceánico como derivado narcisista.

Y lo religioso?

Desde lo más regresivo de nuestra alma, la vía de las Madres y los bebés, agradecemos que alguien nos ofrezca certezas donde no tenemos más que incertidumbres, aunque eso suponga el sacrificio del entendimiento racional del mundo. La necesidad de sentirse protegido por algo más grande e inefable, nos marca el camino para buscar el sentirnos respaldados por la cultura y sus distintas manifestaciones, especialmente las que sugieren inmutabilidad.

El psicoanálisis, por supuesto, navega en dirección contraria. Su trabajo con el inconsciente se dirige hacia el conocimiento, y en esa medida hacia lo incognoscible.

Propone enfrentar la incertidumbre y, como ciencia, cuestionar las verdades absolutas. Se trata de una disciplina que tiende a la liberación de las personas de sus prisiones internas a través de un proceso de des-alienación. Es el estudio del inconsciente, cuyos abismos insondables invitan a que nos sintamos perdidos en la incertidumbre. No hay mapas ni brújulas para el viaje analítico; si un método que ofrece solidez en la búsqueda de lo que hace que un individuo se aferre a la rigidez de su neurosis, mientras se atreve a abandonarla.

“Lo que sí tenemos derecho a sostener, dice Freud (1930, p. 72), es que la conservación del pasado en la vida anímica es mas bien la regla que una rara excepción”, y entonces estamos autorizados para buscar en la historia de cada uno, actualizada en la transferencia, las explicaciones de su bienestar y de su malestar, y favorecer la cura.

La base de la cultura no es la consideración por las personas que viven en ella y contribuyen a crearla cotidianamente; no solamente las ciencias y las artes la definen. Es más bien la costumbre, leída en la realidad de los grupos lo que la identifica.

Sin embargo, si esa tendencia a la inercia es uno de los polos de la arquitectura de los colectivos, es cierto que gracias a esa especie de plataforma sólida es que nos podemos arriesgar a explorar nuevas condiciones que la modifiquen. El impulso epistemofílico aparece afinándose y tiende a dar lugar al predominio de la razón sobre la necesidad tranquilizante de estabilidad, hasta llegar al pensamiento científico. Un pensamiento capaz de cambiar en presencia de nuevas evidencias. Konrad Lorenz nos recomienda deshacernos de nuestras hipótesis favoritas antes del desayuno.

Por esa razón la aparición del psicoanálisis no podría haber sido algo diferente a una revolución, según Freud, como la de Darwin o la de Copérnico.

Tradicionalmente se hablaba de cultura cuando determinados patrones colectivos de conducta trascendían el período de dos generaciones. En

el presente, a medida que la vida es cada vez más urbana, los cambios son más rápidos y su difusión más inmediata y de mayor cobertura en la mente colectiva. Se hace más cierta la percepción, expresada en todas las épocas, de que es nuestro momento presente el que corresponde a la mayor crisis de la civilización.

Cuando el pensamiento psicoanalítico se sale de su lugar de investigación, que es el consultorio, corre el riesgo de ser captado por el entorno y sus enseñanzas y sus aplicaciones se prestan para ser homogenizadas en lugares comunes y entonces resultar trivializadas. Sin embargo, nuestra disciplina nos da muchos elementos para opinar y advertir sobre los peligros psicológicos que amenazan nuestro tiempo.

Sin ser antropólogos, sociólogos o psicólogos sociales, todos podemos dar fe de características destructivas de la actual cultura occidental. Padecemos de un ritmo de vida acelerado, de un consumismo sin límites, de una cantidad enorme de información que no distingue verdades de mentiras, de desconexión con nuestros semejantes, con el ambiente y con nosotros mismos; en resumen de alienaciones en todas las esferas del acontecer humano.

Así que según mi parecer, el psicoanálisis tiene un lugar nuevamente en contra de la corriente, en la medida en que defiende la profundidad de la mente humana y un camino distinto al que marcan la necesidad de notoriedad, el pensamiento mágico y las presiones del mercado; su puesto está en el del pensamiento científico y la defensa de la investigación de la psiquis.

Nuestro esfuerzo en la contribución a los influjos de la cultura permite enfocarnos en el estudio de todas las etapas del desarrollo humano, pero las personas no encuentran un continente cultural capaz de apaciguarlas en todos los momentos de la vida.

La tesis de Tomás Jefferson (1776) que dice: "Sostenemos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales; que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre

estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”, ha derivado en la búsqueda de satisfacción del principio del placer.

Semejante distorsión, como lo plantea Freud, ha encontrado más que caminos, atajos que requieren de los elementos alienantes que él enumera.

Esto conduce a una enorme lista de consideraciones, pero mi principio de realidad me advierte que el tiempo con que cuento es breve.

Mi propuesta es la de que el estudio del psicoanálisis y sobre todo de sus aplicaciones, se ocupe de privilegiar dos momentos del devenir humano que son esenciales por lo determinantes, por la plasticidad mental propia de esas etapas y por la vulnerabilidad consiguiente. Me refiero a la relación temprana entre la madre y el bebé, por un lado, y la adolescencia por otro.

De la primera, cuando se establecen las bases de la seguridad emocional, hay que decir que nuestra cultura machista y dedicada al consumo, ha interpuesto más dificultades que ventajas para que se favorezca el contacto estable entre las madres y los lactantes. Por diferentes razones la lactancia materna, por ejemplo, no está suficientemente valorada y protegida. Las mujeres urbanas, muchas bajo apremios económicos, cada vez más han salido al mercado laboral que exige separaciones precoces de sus hijos. Otras, por razones menos obligantes, también han debilitado el vínculo con los bebés, y en ambos casos el papel de los padres como protectores de la díada se ha difuminado.

El psicoanálisis, lo mismo que otras disciplinas tiene, con sus líneas de investigación y con la experiencia clínica, mucho que aportar al progreso en ese sentido.

Acerca de la adolescencia, hay que decir que ella en sí misma representa un desafío para la inserción de los jóvenes en el entorno social. Esa especie de cataclismo que combina cambios hormonales y emocionales, así como el conflicto entre los anhelos de protección y de libertad, hace a los adolescentes víctimas y victimarios de quienes son responsables de ellos.

“No veo esperanza para el futuro de nuestro pueblo, en tanto dependa de la frívola juventud de hoy, pues ciertamente todos los jóvenes son increíblemente imprudentes... Cuando yo era niño se nos enseñaba a ser discretos y respetuosos con los mayores, pero los jóvenes de la actualidad son demasiado avisados y la sujeción los impacienta”. Estas palabras son de Hesíodo, siglo VIII antes de Cristo.<sup>15</sup>

El ordenamiento jerárquico que heredamos de la biología, que solía otorgar a los mayores ventajas de autoridad, resulta subvertido cuando el ritmo de los cambios de la sociedad se da como lo vemos en este siglo. Esto es por supuesto de todas las épocas, pero más en la actual en la que la conexión electrónica ha hecho desaparecer las distancias, los tiempos entre la necesidad y su gratificación son cada vez más breves, y en la que la precarización del contacto humano y el empobrecimiento, frutos de la pandemia, ejercen presión extra sobre el individuo y su entorno. La cultura ofrece de esta manera múltiples estímulos que hacen más difícil la renuncia a la omnipotencia infantil.

El principio del placer se impone, pero el principio de realidad me dice que se me agotan mis ocho minutos.

La agilidad en los campos de la tecnología, la virtualidad, y en la capacidad de aprendizaje, que obviamente son mayores en los jóvenes, hace que sean los padres los que reciben protección y guía de sus hijos, lo que lleva a la abdicación en el gobierno doméstico, y el adolescente queda sin la protección de los límites contra sus propios impulsos y su confusión.

La des-idealización de los padres es más masiva y más precoz.

No ofrecemos a los adolescentes la tranquilidad de una serena contención por parte de los adultos que suelen estar ocupados en la competitividad y en mantenerse vigentes en contra de la corriente. El adolescente no cuenta con la claridad de los ritos de paso de otras culturas, y sus rasgos característicos de labilidad y tendencia a la actuación

---

<sup>15</sup> Citado en G.A.P. (1970) “Adolescencia Normal”, epígrafe al texto.

encuentran respuesta en medios inadecuados como el mercado de consumo, la propaganda, la pornografía, las sustancias psicoactivas, la seducción por los llamados “influenciadores”, etc.

Estamos asistiendo a una tardía aparición de la adolescencia, especialmente en los varones y a la erupción cada vez más precoz de la pubertad en las mujeres. Y los adultos parecen sentirse culpables y necesitados de que sean los hijos los que los tranquilicen. No es claro ya contra qué se puede cumplir la tarea de rebelarse.

Para terminar mi aporte a la discusión quiero citar a Winnicott (1968) que nos dice:

“Otra fuente de confusión es la fácil suposición de que si las madres y los padres crían bien a sus hijos habrá menos problemas. ¡Lejos de ello! Esta afirmación se relaciona con mi tema principal porque deseo sugerir que cuando observamos la adolescencia, en la que se manifiestan los éxitos y fracasos del cuidado del bebé y el niño, comprobamos que algunos de los problemas actuales están vinculados a los elementos positivos de la crianza moderna y de las actitudes modernas hacia los derechos del individuo”<sup>16</sup> (p. 989).

Es decir, nuestra profesión también en este ámbito, sigue siendo una imposible...

---

<sup>16</sup> La asistencia en internados como terapia (Conferencia David Wills, pronunciada ante la Asociación de Profesionales para la Atención de Menores Inadaptados).

**Referencias:**

Freud, S., 1930, Obras Completas, Ed. Amorrortu, 1986, Vol 21, pp. 57-140.

Lawrence, D.H., (1928), "El amante de lady Chatterley", Maestros de la literatura universal, (1984), Ed. Oveja Negra, Vol 2, p. 133.

Jefferson, T., (1776) Declaración de Independencia, [www.archives.gov/espanol/la-declaracion-de-independencia](http://www.archives.gov/espanol/la-declaracion-de-independencia).

Winnicott, D. W., (1968) Inmadurez adolescente. En obras completas Winnicott, Webstermaster Psikolibro, 2007.

Contacto:  
feslava2012@gmail.com